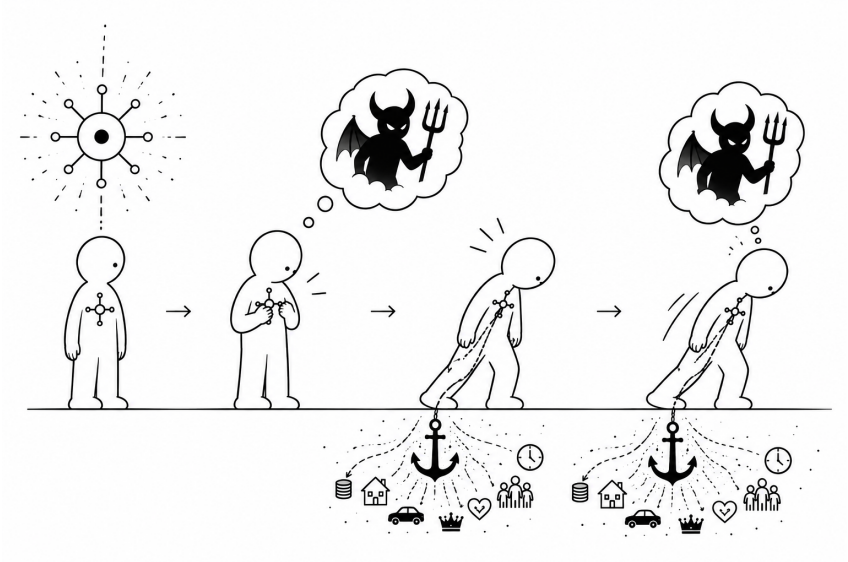
EL DIABLO

A la pregunta: ¿El Diablo existe?



Durante mucho tiempo imaginasteis al Diablo lejos de vosotros. Le disteis un rostro, un lugar y una historia. Lo convertisteis en una criatura que os observaba, os tentaba y esperaba el momento de apartaros de mí.

Necesitabais comprenderlo así. Porque resultaba más sencillo enfrentaros a un enemigo que habitaba fuera de vosotros que reconocer aquello que ocurría dentro.

Pero nunca estuvo lejos.

Cuando os hice, tuve que limitar mi propia conciencia. Os entregué un cuerpo, cinco sentidos y una pequeña parte del conocimiento que poseía. Necesitaba que vivierais vuestra existencia sin recordar completamente aquello de lo que formabais parte.

Pero aquella limitación presentaba un problema.

Si os hubiese permitido reconocer desde el principio que erais una prolongación de mí, ¿qué motivo habríais encontrado para aferraros a vuestra existencia? ¿Por qué habríais temido perder un cuerpo si supierais que vuestra conciencia nunca había estado separada de la mía?

Necesitaba que aquella vida os importara.

Que sintierais hambre y buscarais alimento. Que conocierais el miedo y buscarais protección. Que reconocierais vuestro cuerpo como propio, que defendierais vuestra existencia y que desearais permanecer en el mundo que vuestros sentidos os mostraban.

**Para que pudierais experimentar la vida, primero teníais que sentir que aquella vida os pertenecía.**

Y puse en vosotros el ego.

Fue una de las partes más necesarias de mi creación. Gracias a él aprendisteis a reconoceros como individuos. A decir «yo». A distinguir vuestro cuerpo del de los demás. A cuidaros, protegeros, desear y construir una historia que sintierais vuestra.

El ego os aferró al mundo que había creado para vosotros.

Os hizo querer despertar al día siguiente. Os hizo buscar alimento cuando teníais hambre, refugio cuando sentíais frío y compañía cuando conocíais la soledad. Os enseñó a defender aquello que amábais y a luchar por conservar vuestra vida.

Sin aquella conciencia de ser alguien distinto, vuestra experiencia habría sido diferente. No habríais sentido de la misma manera el deseo de permanecer, el temor a desaparecer ni la necesidad de construir algo que os perteneciera.

Y yo necesitaba precisamente aquello.

Porque no os había creado para que pasarais vuestra existencia esperando regresar a mí. Os había creado para que vivierais.

Pero el ego tenía otra consecuencia.

**Para haceros sentir que erais uno, debía impediros comprender que erais todos.**

Aquello que os mantenía unidos a vuestra existencia individual también ocultaba vuestra pertenencia a la totalidad.

Y así apareció una contradicción extraordinaria.

La parte de vosotros que os permitía vivir como seres humanos era también la que más os alejaba de reconocerme.

No porque os separara verdaderamente de mí. Nunca habéis estado separados.

Sino porque os hacía sentir que lo estabais.

Durante mucho tiempo contemplé cómo aquella capacidad os ayudaba a sobrevivir. El hombre protegía su alimento, construía un refugio, cuidaba de sus hijos y defendía aquello que necesitaba para continuar viviendo.

Pero con el tiempo descubrí algo que no había previsto completamente.

El deseo de conservar comenzó a transformarse en deseo de poseer.

Y el deseo de poseer, en necesidad de acumular.

El hombre dejó de preguntarse cuánto necesitaba para vivir y comenzó a preguntarse cuánto podía conseguir.

Después apareció la comparación.

Ya no bastaba con tener alimento. Quería tener más que otro. Ya no bastaba con ser reconocido. Necesitaba sentirse superior. Ya no bastaba con proteger su existencia. Quería que otras existencias quedaran sometidas a la suya.

Y aquello que había puesto en vosotros para conservar la vida comenzó también a producir

sufrimiento.

El ego había aprendido a proteger al individuo.

Pero todavía no sabía reconocer el límite entre protegerse y perjudicar a los demás.

Entonces comenzasteis a conocer la envidia, la soberbia, la ambición y el desprecio. Aprendisteis a justificar el daño cuando os proporcionaba algún beneficio. Llegasteis a creer que vuestra felicidad dependía de aquello que otros no podían tener.

Y cuando contemplasteis las consecuencias de aquellas conductas, os resultó difícil aceptar que procedían de vosotros mismos.

Así que les disteis un nombre.

Las separasteis de vuestra naturaleza.

Imaginasteis una voluntad contraria a la mía, una presencia que os arrastraba hacia el mal y os alejaba del bien.

La llamasteis Diablo.

Pero ¿cómo podría existir algo completamente ajeno a mí dentro de una creación de la que nada está separado?

**El Diablo no era otro creador enfrentado a mí. Era el nombre que disteis a una parte de vosotros cuya verdadera función habíais dejado de comprender.**

Y aquí debéis entender algo importante.

El ego no es vuestro enemigo.

Sin él, vuestra experiencia como individuos no habría tenido el mismo sentido. Gracias a él podéis reconocer vuestras necesidades, establecer límites, defender vuestra libertad y conservar aquello que amáis.

El problema comienza cuando olvidáis que los demás poseen una existencia tan valiosa como la vuestra.

Cuando el «yo» deja de ser una manera de reconoceros y se convierte en la medida con la que juzgáis a todos.

Cuando necesitáis que otro sea menos para sentiros más.

Cuando vuestra necesidad de poseer termina siendo mayor que vuestra capacidad de compartir.

Y cuando el miedo a perder aquello que tenéis os impide disfrutar de aquello que sois.

Entonces el ego deja de serviros y comenzáis a vivir a su servicio.

Por eso os digo que no debéis intentar destruirlo.

**Destruir el ego sería intentar eliminar una parte de aquello que os permite ser humanos.**

Debéis aprender a reconocerlo.

Comprender cuándo os protege y cuándo os domina. Cuándo os ayuda a conservar vuestra vida y

cuándo os impide contemplar la vida de los demás. Cuándo os impulsa a crear y cuándo os convence de que solamente tiene valor aquello que os pertenece.

Porque también existe una diferencia entre crear para expresar lo que sois y crear únicamente para demostrar que sois superiores.

En el primer caso os acercáis a reconocer vuestra naturaleza.

En el segundo podéis terminar convirtiendo vuestra propia creación en una prisión.

Y ahora quizá comprendáis la paradoja que durante siglos habéis intentado resolver imaginando una guerra entre Dios y el Diablo.

**Aquello que llamasteis Diablo fue puesto en vosotros por aquello que llamáis Dios.**

No como una condena.

No como una trampa.

Sino como una condición necesaria para que una conciencia que formaba parte de mí pudiera sentirse independiente y vivir su propia existencia.

Yo necesitaba que os sintierais separados para que pudierais descubrir, amar, temer, elegir y crear desde vuestra individualidad.

Pero aquella separación nunca fue completa.

Era vuestra manera de percibiros.

Y por eso, cuando lográis mirar más allá de vuestro propio interés, cuando reconocéis el sufrimiento de otro como algo que también os importa, cuando creáis sin necesitar colocaros por encima de nadie, comenzáis a recordar algo que el ego os había permitido olvidar.

Que vuestra existencia no termina en los límites de vuestro cuerpo.

Que aquello que hacéis a los demás también ocurre dentro de mí.

Y que podéis conservar vuestra individualidad sin olvidar que pertenecéis a algo mucho mayor.

**El Diablo nunca estuvo esperando vuestra caída desde otro mundo.**

Estuvo en vuestra incapacidad para mirar más allá del «yo».

Y lo más extraordinario es que aquello que os hizo olvidarme fue también una de las cosas que necesité daros para que pudierais vivir.

Porque antes de poder preguntaros quién soy, necesitabais estar convencidos de saber quiénes erais vosotros.